

## EPÍLOGO Y DESPEDIDA DE ORTEGA

Ha sorprendido a muchos el número y la solicitud de vuestra asistencia a este lugar donde se hablaba de filosofía. Con evidente error se ha atribuido a no sé bien qué mérito de mis exposiciones. No hay tal y protesto formalmente de ello. Sabéis que desde hace muchos años, en todo el mundo civilizado, comienzan a formarse públicos compuestos de elementos idénticos a los que en este recinto se hallan, siempre que se anuncian temas filosóficos. No sois, pues, prueba de la verdad de mi manera de pensar. Sois algo más hondo, serio y benéfico: sois un signo de los tiempos.

Hace treinta o cuarenta años esto hubiera sido inconcebible. Mas cuando el viento muda, las naves ancladas en la marina cambian poco a poco la orientación de su postura. Así, presenciamos en estos últimos años cómo poco a poco, unos tras otros, todos los corazones van poniendo una proa ideal hacia la filosofía. Tal vez sin daros clara cuenta de ello habéis hallado grato asistir a los movimientos que hace la idea para buscar el cuerpo de la verdad. Os habéis aficionado a presenciar cómo de un alma meditando fluye y se vierte el pensamiento. Nada de esto es obra mía. Era la sensibilidad, un oscuro afán que dentro de vosotros latía, hacia el ejercicio espiritual. Estábais ahí mucho antes de que yo viniera. El único mérito que me atañe es este extraño y negativo de no haberos espantado. Me importa hacer constar esto porque así puedo decir a los jóvenes intelectuales

argentinos: ahí tenéis un bloque de exquisitas sensibilidades, perspicacia y atención para las cosas del espíritu. ¿Por qué no lo talláis? ¿Habéis cumplido ya con vuestra misión?

La misión del intelectual no es cómoda en ninguna parte del mundo. Tiene un destino de heroísmos. Ha de vivir entre los demás hombres, ocupado fielmente cada cual en sus negocios y afán particular, y allí, en medio de ellos, el intelectual ha de perdurar en constante exaltación, ha de proclamar a toda hora los derechos ideales, desinteresados, superfluos, magnánimos del espíritu. Ha de ser como aquellos hombres proféticos de Judea que en los tiempos de revueltas salían por plazas y campiñas dando grandes gritos: [*Vae vobis!*] <sup>51</sup>. “¡Ay de vosotros, mujeres e hijos, si os olvidáis del espíritu!”. Hasta que un día una piedra que una honda arrojaba de una almena los quebraba las sienes y caían suspirando “¡Ay de mí!”.

Esta es la misión del intelectual. Incansable, puro, ferviente, ha de obligar a los demás a que abran en su corazón un santuario, especie de culto al espíritu, a la ciencia, al arte, a la moralidad. Más ineludible es aún esto en vista de que por su estructura viven [las sociedades] [urgidas] <sup>52</sup> por

<sup>51</sup> Pongo “*Vae vobis!*” en un espacio en blanco donde el taquígrafo ha indicado “Latín”. Ahora bien, en un discurso pronunciado en el Parlamento chileno en 1928 (Incluido en “Meditación del pueblo joven”, ed. Emecé, Bs. As., 1958) Ortega utiliza una expresión parecida: “Yo no soy más que un meditador independiente y algo díscolo, un estudioso de ideas, un incitador hacia la vida, que ha eludido siempre toda representación oficial y toda magistratura para mantenerme libre y ágil al servicio de mi apasionada misión, la cual se asemeja un poco a la de aquel personaje de los libros hebreos, que iba por los caminos y por cañadas, que daba vueltas en torno a los muros de las ciudades voceando: ‘¡Ay de ti, Sión! ¡Ay de tus mujeres y de tus hijos, si te olvidas del espíritu!’ Hasta que un día, desde una almena arrojan una piedra que golpea su sien y cae entonces gritando: ‘¡Ay de mí!’” (loc. cit., p. 23). No es indispensable determinar precisamente a qué personaje se está refiriendo. En el Nuevo Testamento, Cristo, a continuación del Sermón de las Bienaventuranzas, pronuncia frases parecidas. Todas ellas comienzan con el “¡Ay de vosotros!”. El texto es de Lucas, VI, 25 [cito según la Vulgata, ed. Nestlé]: “*Vae vobis, qui saturati estis!, quia esurietis. Vae vobis, qui ridetis nunc: quia lugebitis et flebitis*”. Y Nacar-Colunga traducen: “¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre! Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis”. Considero esta corrección como segura.

<sup>52</sup> Agrego “las sociedades” y cambio “urgidos” por “urgidas” en consecuencia. Parece sugerido por el contexto. El original trae: “Más ineludible es aún esto en vista de que por su estructura viven urgidos por la ambición económica. Una sociedad... etc.”. Podría, quizás, decirse, [...]: “...los pueblos”.

la ambición económica. Una sociedad no puede vivir saludablemente sin una recia minoría de hombres previsores, reflexivos y sabios. Lo mismo que las madres de los vinos nobles en el fondo de los toneles, están en el fondo de los pueblos estos hombres meditativos prestando a ellos cohesión, eficacia, continuidad.

No sé si deciros que no os fiéis mucho de los que os hablan de que vuestro porvenir es seguro. Ningún porvenir es seguro, todos son dudosos. En un instante, sobre la nítida faz del más puro horizonte, hincha su enorme vientre de plomo la nube encinta del rayo. Por eso Hugo reconvino a Napoleón muerto, porque había dicho “El porvenir es mío”, “Príncipe, el porvenir no es de nadie; príncipe el porvenir sólo es de Dios”. Lo único que podemos y tenemos que hacer es procurar prepararlo con nuestra voluntad y fijarlo con nuestra previsión. En suma, hacer que nazca el futuro de nuestro esfuerzo y de nuestro cálculo, lo mismo que nace y se levanta el árbol de la simiente.

Por eso yo os advierto, jóvenes argentinos, que atraviesa ahora la humanidad una hora de profunda crisis, crisis llena de promesas y harta de esperanzas. No me refiero a la guerra que como un incendio mantiene roja la línea del horizonte. Las guerras no crean nada espiritual, nada espiritual destruyen. Simplemente aceleran o retardan lo que ya se estaba formando en la conciencia de los hombres. Antes de la guerra, la conciencia de la humanidad había cambiado de centro de gravedad. Las ciencias se hallaban ocupadas en una tarea trascendental: la matemática no tenía más remedio que corregir sus cuentas primarias para acoger esas nuevas disciplinas sobre conjuntos, sobre las geometrías de [más]<sup>53</sup> dimensiones. La física comenzaba a edificar todas sus leyes en

<sup>53</sup> Agrego “más”. El original trae: “...para acoger esas nuevas disciplinas sobre conjuntos, sobre las geometrías de las dimensiones; ...”. Toda geometría, es claro, tiene que ver con las dimensiones. Pero Ortega está hablando, sin lugar a dudas, de las geometrías no-euclidianas (Lobatchevsky, Riemann) que tienen “más de tres” dimensiones. No he creído necesario indicar el número.

argentinos: ahí tenéis un bloque de exquisitas sensibilidades, perspicacia y atención para las cosas del espíritu. ¿Por qué no lo talláis? ¿Habéis cumplido ya con vuestra misión?

La misión del intelectual no es cómoda en ninguna parte del mundo. Tiene un destino de heroísmos. Ha de vivir entre los demás hombres, ocupado fielmente cada cual en sus negocios y afán particular, y allí, en medio de ellos, el intelectual ha de perdurar en constante exaltación, ha de proclamar a toda hora los derechos ideales, desinteresados, superfluos, magnánimos del espíritu. Ha de ser como aquellos hombres proféticos de Judea que en los tiempos de revueltas salían por plazas y campiñas dando grandes gritos: [*Vae vobis!*] <sup>51</sup>. “¡Ay de vosotros, mujeres e hijos, si os olvidáis del espíritu!”. Hasta que un día una piedra que una honda arrojaba de una almena los quebraba las sienes y caían suspirando “¡Ay de mí!”.

Esta es la misión del intelectual. Incansable, puro, ferviente, ha de obligar a los demás a que abran en su corazón un santuario, especie de culto al espíritu, a la ciencia, al arte, a la moralidad. Más ineludible es aún esto en vista de que por su estructura viven [las sociedades] [urgidas] <sup>52</sup> por

<sup>51</sup> Pongo “*Vae vobis!*” en un espacio en blanco donde el taquígrafo ha indicado “Latín”. Ahora bien, en un discurso pronunciado en el Parlamento chileno en 1928 (Incluido en “*Meditación del pueblo joven*”, ed. Emecé, Bs. As., 1958) Ortega utiliza una expresión parecida: “Yo no soy más que un meditador independiente y algo díscolo, un estudioso de ideas, un incitador hacia la vida, que ha eludido siempre toda representación oficial y toda magistratura para mantenerme libre y ágil al servicio de mi apasionada misión, la cual se asemeja un poco a la de aquel personaje de los libros hebreos, que iba por los caminos y por cañadas, que daba vueltas en torno a los muros de las ciudades voceando: ‘¡Ay de ti, Sión! ¡Ay de tus mujeres y de tus hijos, si te olvidas del espíritu!’ Hasta que un día, desde una almena arrojan una piedra que golpea su sien y cae entonces gritando: ‘¡Ay de mí!’” (loc. cit., p. 23). No es indispensable determinar precisamente a qué personaje se está refiriendo. En el Nuevo Testamento, Cristo, a continuación del Sermón de las Bienaventuranzas, pronuncia frases parecidas. Todas ellas comienzan con el “¡Ay de vosotros!”. El texto es de Lucas, VI, 25 [cito según la Vulgata, ed. Nestlé]: “*Vae vobis, qui saturati estis!, quia esurietis. Vae vobis, qui ridetis nunc: quia lugebitis et flebitis*”. Y Nacar-Colunga traducen: “¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre! Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis”. Considero esta corrección como segura.

<sup>52</sup> Agrego “las sociedades” y cambio “urgidos” por “urgidas” en consecuencia. Parece sugerido por el contexto. El original trae: “Más ineludible es aún esto en vista de que por su estructura viven urgidos por la ambición económica. Una sociedad... etc.”. Podría, quizás, decirse, [...]: “...los pueblos”.

la ambición económica. Una sociedad no puede vivir saludablemente sin una recia minoría de hombres previsores, reflexivos y sabios. Lo mismo que las madres de los vinos nobles en el fondo de los toneles, están en el fondo de los pueblos estos hombres meditativos prestando a ellos cohesión, eficacia, continuidad.

No sé si deciros que no os fiéis mucho de los que os hablan de que vuestro porvenir es seguro. Ningún porvenir es seguro, todos son dudosos. En un instante, sobre la nítida faz del más puro horizonte, hincha su enorme vientre de plomo la nube encinta del rayo. Por eso Hugo reconvino a Napoleón muerto, porque había dicho “El porvenir es mío”, “Príncipe, el porvenir no es de nadie; príncipe el porvenir sólo es de Dios”. Lo único que podemos y tenemos que hacer es procurar prepararlo con nuestra voluntad y fijarlo con nuestra previsión. En suma, hacer que nazca el futuro de nuestro esfuerzo y de nuestro cálculo, lo mismo que nace y se levanta el árbol de la simiente.

Por eso yo os advierto, jóvenes argentinos, que atraviesa ahora la humanidad una hora de profunda crisis, crisis llena de promesas y harta de esperanzas. No me refiero a la guerra que como un incendio mantiene roja la línea del horizonte. Las guerras no crean nada espiritual, nada espiritual destruyen. Simplemente aceleran o retardan lo que ya se estaba formando en la conciencia de los hombres. Antes de la guerra, la conciencia de la humanidad había cambiado de centro de gravedad. Las ciencias se hallaban ocupadas en una tarea trascendental: la matemática no tenía más remedio que corregir sus cuentas primarias para acoger esas nuevas disciplinas sobre conjuntos, sobre las geometrías de [más]<sup>53</sup> dimensiones. La física comenzaba a edificar todas sus leyes en

<sup>53</sup> Agrego “más”. El original trae: “...para acoger esas nuevas disciplinas sobre conjuntos, sobre las geometrías de las dimensiones; ...”. Toda geometría, es claro, tiene que ver con las dimensiones. Pero Ortega está hablando, sin lugar a dudas, de las geometrías no-euclidianas (Lobatchevsky, Riemann) que tienen “más de tres” dimensiones. No he creído necesario indicar el número.

vista del principio de la relatividad. La biología tenía que cuidarse mucho de reformar sus métodos en vista del principio vital, del neovitalismo. La psicología buscaba los nuevos principios espirituales de dentro, nuevos fenómenos psíquicos.

Por esto he creído mi deber anunciar nuevas tendencias y pensamientos que ocupan hoy nuevas conciencias europeas, que en muchos puntos se mueven en diferentes sentidos, desligándose del pasado lejano o del pasado más próximo. Por lo demás, no me urge que me déis la razón. Ni un momento he pretendido venir a convenceros y enseñaros. Solamente era mi aspiración levantar en algunas almas juveniles, veraces y humildes, algún estremecimiento de curiosidad o de afán hacia futuros pensamientos, porque estoy convencido de que los jóvenes no se encienden ni combaten victoriosos si no es por ideas tan garridas y tan frescas que puedan servirles de novias.

No tengo, pues, prisa. Si lo he logrado, me retiro más que satisfecho al regazo de la sierra castellana, rincón solemne del orbe donde un poder superior que no conozco bien ha querido ponerme para que de allí viera correr el río universal de la vida. Sólo pido a esas almas juveniles que cuando llegue un día, de cierto no lejano, en que pueblen el aire y parezcan doctrinas oficiales algunas de las cosas que aquí he dicho, despierten ellas el recuerdo de haberlas oído por primera vez al platónico viajero español de 1916.

Y no se extrañe que en este instante se vuelva mi recuerdo hacia la patria. Aunque nunca he aspirado a representarla, claro es que cuando he realizado un acto cualquiera y miro hacia atrás y lo veo en su plenitud no puedo menos de notar que él pertenece a mi patria, a España. Yo [no] soy [sino] un [asta] <sup>54</sup> que va retemplando el aire, lanzada por el brazo centenario e inmortal de mi raza: eso soy yo.

<sup>54</sup> Agrego “no” e incluyo “sino” y “asta” que están manuscritos [este último como “hasta”] entre líneas. El original trae, tachado a mano “as”. Podría ser, simplemente: “Yo soy un asta que va...”.

vista del principio de la relatividad. La biología tenía que cuidarse mucho de reformar sus métodos en vista del principio vital, del neovitalismo. La psicología buscaba los nuevos principios espirituales de dentro, nuevos fenómenos psíquicos.

Por esto he creído mi deber anunciar nuevas tendencias y pensamientos que ocupan hoy nuevas conciencias europeas, que en muchos puntos se mueven en diferentes sentidos, desligándose del pasado lejano o del pasado más próximo. Por lo demás, no me urge que me déis la razón. Ni un momento he pretendido venir a convenceros y enseñaros. Solamente era mi aspiración levantar en algunas almas juveniles, veraces y humildes, algún estremecimiento de curiosidad o de afán hacia futuros pensamientos, porque estoy convencido de que los jóvenes no se encienden ni combaten victoriosos si no es por ideas tan garridas y tan frescas que puedan servirles de novias.

No tengo, pues, prisa. Si lo he logrado, me retiro más que satisfecho al regazo de la sierra castellana, rincón solemne del orbe donde un poder superior que no conozco bien ha querido ponerme para que de allí viera correr el río universal de la vida. Sólo pido a esas almas juveniles que cuando llegue un día, de cierto no lejano, en que pueblen el aire y parezcan doctrinas oficiales algunas de las cosas que aquí he dicho, despierten ellas el recuerdo de haberlas oído por primera vez al platónico viajero español de 1916.

Y no se extrañe que en este instante se vuelva mi recuerdo hacia la patria. Aunque nunca he aspirado a representarla, claro es que cuando he realizado un acto cualquiera y miro hacia atrás y lo veo en su plenitud no puedo menos de notar que él pertenece a mi patria, a España. Yo [no] soy [sino] un [asta] <sup>54</sup> que va retemplando el aire, lanzada por el brazo centenario e inmortal de mi raza: eso soy yo.

<sup>54</sup> Agrego "no" e incluyo "sino" y "asta" que están manuscritos [este último como "hasta"] entre líneas. El original trae, tachado a mano "as". Podría ser, simplemente: "Yo soy un asta que va...".

Y ahora, al separarme, me permitiréis que no sienta nada ruidoso, nada magnífico, algo muy humilde: ese tenue, íntimo, como religioso sobrecogimiento que sentimos cuando cerca de nosotros un vidrio se rompe, porque la afección intelectual que nacía entre nosotros va a ser interrumpida, va a ser quebrada por la distancia. El alejamiento, con su larga guadaña, va a segar la naciente amistad. ¡Adiós!